masilla, que hubo en tiempo del muy valiente Sr. Don Quijote, de andante memoria: el dia que tome asiento entre gente tan honrada, aquel dia, digo, he de pronunciar un largo y patético discurso sobre lo útil de las ciencias; sobre todo en la particularidad de ablandar los genios y suavizar las costumbres; y molidos que estén mis compañeros con lo pesado de mi oratoria, les resarciré el perjuicio padecido en su paciencia, acabando de decir, cual Ovidio:

Ingenuas didicisse fideliter artes,
Emolit mores, nec sinit esse ferox.

Mire Vm., D. Joaquin, por ahí anda una cuadrilla de muchachos, que no hay quien los aguante. Si uno habla con un poco de método escolástico, se echan á reir, y de cuatro tajos y reveses lo hacen á uno callar. Esto ya ve Vm. cuán insufrible ha de ser por fuerza á los que hemos estudiado cuarenta años á Aristóteles, Galeno, Vinio y otros, en cuya lectura se nos han caido los dientes, salido las canas, quemado las cejas, lastimado el pecho y acortado la vista: ¿no es verdad, D. Joaquin? Pues mire Vm., los tengo entre manos y los he de poner como nuevos. Diré lo mismo que dijo Juvenal de otros perillanes de su tiempo, arguyéndoles del respeto con que en otros tiempos se miraban las canas, pues que dice:

Credebant hoc grande nefas, et morte piandum,
Si juvenis vetulo non adsurrexerit.

Me alegraria de tener mucho dinero, para hacer muchas cosas, y entre otras para hacer una nueva edicion de nuestros dramáticos del siglo pasado, con notas, ya críticas ya apologéticas, y bajo el retrato de D. Lope de Vega Carpio (que los franceses han dado en llamar Lopez y decir que fué hijo de un cómico) aquello de Ovidio:

Video meliora, proboque:
Deteriora sequor.

Cuando nos vayamos á la aldea que Vm. sabe, y escribamos á los amigos de Madrid, aunque no sea mas que pidiéndoles las gacetas, ó encargándoles alguna friolera, no se olvide Vm. de poner lo que puso Horacio, diciendo:

Scriptorum chorus omnis amat nemus, et fugit urbes.

Y así de todos los demas asuntos que puedan ofrecerse. Te estoy viendo reir de este método, amigo Gacel, que sin duda te parecerá pura pedantería; pero vemos mil libros modernos que no tienen nada de bueno sino el epígrafe.

CARTA LXVIII.

De Gacel á Ben-Beley.—Consecuencias del lujo.

Examina la historia de todos los pueblos, y verás que toda nacion se ha establecido por la autoridad de costumbres. Con esta fuerza se han aumentado, con este aumento han tenido abundancia, la abundancia ha producido el lujo, á este lujo se ha seguido la afeminacion, de esta afeminacion ha nacido la flaqueza, de la flaqueza ha dimanado su ruina. Otros lo han dicho ántes que yo y mejor que yo; pero no por eso deja de ser verdad y verdad útil; y las verdades útiles están tan léjos de ser repetidas con sobrada frecuencia, que pocas veces llegan á repetirse con la suficiente.

CARTA LXIX.

De Gacel á Nuño.—Vida retirada.

Como los caminos son tan malos en la mayor parte de las provincias de tu pais, no es de extrañar que se rompan con frecuencia los carruajes, se despeñen las mulas, y los viajantes pierdan las jornadas. El coche que saqué de Madrid ha pasado varios trabajos; pero el de quebrarse uno de sus ejes, pudiendo serme muy sensible, no solo no me causó desgracia alguna, sino que me procuró uno de los mayores gustos que puede haber en la vida, á saber, la satisfaccion de tratar, aunque no tanto tiempo como quisiera, con un hombre distinto de cuantos hasta ahora he visto ni pienso ver. El caso fué al pié de la letra como se sigue, porque lo apunté muy individualmente en el diario de mi viaje.

A pocas leguas de esta ciudad, bajando una cuesta muy pendiente, se disparó el tiro de mulas, volcóse el coche, rompióse el eje delantero y una de las varas. Luego que volvímos del susto, y salímos todos como pudimos por la puertezuela que quedó en alto, me dijeron los cocheros que necesitaban muchas horas para reparar este daño, pues era preciso ir á un lugar que estaba una legua del paraje en que nos hallábamos, para traer quien lo remediase. Viendo que iba á anochecer, me pareció mejor irme á pié con un criado, y cada uno con su escopeta, al lugar, y pasar la noche en él, durante la cual se remediaria el fracaso y descansariamos los maltratados. Así lo hice. Empecé á seguir una vereda que el mismo cochero me señaló, por un terreno despoblado y nada seguro al parecer, por lo áspero del monte. A cosa de un cuarto de legua me hallé en un paraje ménos desagradable, y en una peña de la orilla de un arroyo, vi un hombre de buen porte en accion de meterse un libro en el bolsillo, levantarse, acariciar á un perro, y ponerse su sombrero de campo, tomando un baston mas robusto que primoroso. Su edad sería como de cuarenta años, su semblante era apacible, su vestido sencillo, pero aseado, y sus ademanes llenos de aquel desembarazo que da el trato frecuente de las gentes, sin aquella afectacion que inspira la arrogancia y vanidad. Volvió la cara de pronto al oir mi voz, y saludóme. Le correspondí, adelantéme hácia él, y diciéndole que no me tuviera por sospechoso por el paraje, compañía y armas, pues el motivo era lo que me acababa de pasar (y se lo conté brevemente), preguntéle si iba bien para el tal pueblo. El desconocido volvió á saludarme segunda vez, y me dijo que sentia mi desgracia, que era frecuente en aquel puesto; que varias veces lo habia hecho presente á las justicias de aquellas cercanías, y aun á otras superiores; que no diese un paso mas hácia donde habia determinado, porque estaba á un tiro de bala de allí la casa en que él residia; que desde ella despacharia un criado á caballo al lugar, para que el alcalde enviase el auxilio competente. Acordéme entónces de tu encuentro con el caballero ahijado del tio Gregorio; ¡pero cuán otro era este! Obligóme á seguirle; y despues de haber andado algunos pasos sin hablar cosa que importase, prorumpió diciendo: Habrá extrañado el señor forastero el encuentro de un hombre como yo, á estas horas y en este paraje; mas extraño le parecerá lo que oiga y vea de aquí en adelante, miéntras se sirva permanecer en mi casa, que es esta; señalando una que ya tocábamos. En esto llamó á una puerta grande de la tapia de un huerto contiguo á ella. Ladró un perro disforme, acudieron dos mozos del campo, que abrieron luego, y entrando por un hermoso plantío de toda especie de frutales, al lado de un estanque, cubierto de patos y ánades, llegámos á un corral lleno de toda especie de aves, y de allí á un patio pequeño. Salieron de la casa dos niños hermosos, que se arrodillaron y le besaron la mano; uno le tomó el baston y el otro el sombrero, y ambos se adelantaron corriendo y diciendo: Madre, ahí viene padre. Salió al umbral de la puerta una matrona, llena de aquella hermosura majestuosa que inspira mas respeto que pasion; y al ir á echar los brazos á su esposo, reparó en la compañía de los que íbamos con él. Detuvo el ímpetu de su ternura y la limitó á preguntarle si habia tenido alguna novedad, pues tanto habia tardado en volver; á lo cual él respondió con estilo amoroso, pero decente. Presentóme á su mujer, diciéndola el motivo de llevarme á su casa, y dió órden de que se ejecutase lo ofrecido, para que pudiese venir el coche. Entrámos juntos por varias piezas pequeñas, pero cómodas, alhajadas con gracia y sin lujo, y nos sentámos en la que se preparó para mi hospedaje.

A nuestra vista te referiré despacio la cena, la conversacion que en ella hubo, las disposiciones caseras que dió mi huésped delante de mí, el modo cariñoso y bien ordenado con que se apartaron los hijos, la mujer y criados á recogerse, y las expresiones y atractivò con que me ofreció su casa, me suplicó usase de ella, y se retiró para dejarme descansar. Queria tambien ejecutar lo mismo un criado anciano, que parecia de toda satisfaccion, y que habia quedado esperando que yo me acostase para llevarse la luz. Me habia movido demasiado la curiosidad toda aquella escena, y me parecian muy misteriosos sus personajes, para no indagar el carácter de cada uno. Detuve pues al criado, y con vivas instancias le pedí una y mil veces me declarase tan largo enigma. Resistióse con igual eficacia, hasta que al cabo de alguna suspension puso sobre la mesa la bujía que habia tomado para irse, entornó la puerta, se sentó y me dijo que no dudaba los deseos que yo tendria de enterarme del genio, condicion y circunstancias de su amo; y prosiguió, poco mas ó ménos, en estas voces:

Si el cariño de una esposa amable, la hermosura del fruto del matrimonio, una posesion pingüe y honorífica, una robusta salud y una biblioteca selecta con que pulir un talento claro por naturaleza, pueden hacer feliz á un hombre que no conoce la ambicion, no hay en el mundo quien pueda jactarse de serlo mas que mi amo, ó por mejor decir, mi padre; que tal es para todos sus criados. Su niñez la pasó en esta aldea, su juventud en la universidad, luego siguió el ejército, despues vivió en la corte, y ahora se ha retirado á este descanso. Una tal variedad de vida le ha hecho mirar con indiferencia cualquier especie de ellas, y aun con odio la mayor parte de todas. Siempre le he seguido y siempre le seguiré, aun mas allá de la sepultura, pues poco viviré despues de su muerte. El mérito oculto, en el mundo es despreciado; y si se manifiesta, atrae contra sí la envidia y sus secuaces. ¿Qué ha de hacer pues el hombre que lo tiene? Retirarse adonde pueda ser útil sin peligro propio. Llamo mérito al conjunto de un buen talento y de un buen corazon. De este usa mi amo en beneficio de sus dependientes.

Los labradores á quienes arrienda sus campos, lo miran como á un ángel tutelar de sus casas. Jamas entra en ellas sino para llenarlas de beneficios, y las visita con frecuencia. Los años medianos les perdona parte del tributo, y el total en los malos. No se sabe lo que son pleitos entre ellos. El padre amenaza al hijo malo con nombrar á su amo, y halaga al bueno con el mismo nombre. La mitad de su caudal lo emplea en colocar las hijas huérfanas de estos contornos con mozos honrados y pobres de las mismas aldeas. Ha fundado una escuela en un lugar inmediato, y suele por su misma mano distribuir un premio cada sábado al niño que ha empleado mejor la semana. De lejanos paises ha hecho traer instrumentos de agricultura y libros de su uso, que él mismo traduce de extrañas lenguas, repartiendo unos y otros de balde á los labradores. Todo forastero que pasa por aquí, halla en él la hospitalidad, cual se ejercitaba en Roma en sus mas felices tiempos. Una parte de sus casas está destinada para recoger los enfermos de estas cercanías, en las cuales no se halla proporcion de cuidarlos. Ni por esta tierra suele haber gente vaga; es tal su atractivo, que hace vasallos industriosos y útiles, á los que hubieran sido inútiles, cuando ménos, si hubieran seguido en ocio acostumbrado. En fin, en los pocos años que vive aquí, ha mudado este pais de semblante. Su ejemplo, generosidad y discrecion ha hecho de un terreno áspero é inculto, una provincia deliciosa y feliz.

La educacion de sus hijos ocupa mucha parte de su tiempo. Diez años tiene el uno y nueve el otro: los he visto nacer y criarse, y cada vez que los oigo ó veo, me encanta tanta virtud é ingenio en tan corta edad. Estos sí que heredan de su padre un caudal superior á todos los bienes de fortuna. En estos sí que se verifica ser la prole hermosa y virtuosa el primer premio de un matrimonio perfecto. ¿Qué no se puede esperar con el tiempo de unos niños que en tan tiernos años manifiestan una alegría inocente, un estudio voluntario, una inclinacion á todo lo bueno, un respeto filial á sus padres y un porte decoroso y benigno para sus criados?

Mi ama, la digna esposa de mi señor, el honor de su sexo, es una mujer dotada de singulares prendas. Vamos claros, señor forastero; la mujer por sí sola es una criatura dócil y flexible. Por mas que el desenfreno de los jóvenes se empeñe en pintarla como un dechado de flaquezas, yo veo lo contrario. Veo que es un fiel traslado del hombre con quien vive. Si una mujer jóven, poderosa y con mérito halla en su marido una pasion de razon de estado, un trato desabrido y un mal concepto de su sexo en lo restante de los hombres, ¿qué mucho que proceda mal? Mi ama tiene pocos años, mas que mediana hermosura, suma viveza, y lo que llaman mucho mundo. Cuando se desposó con mi amo halló en su esposo un hombre amable, juicioso, lleno de virtudes; halló un compañero, un amante, un maestro, todo en un solo hombre, igual á ella hasta en las accidentales circunstancias de lo que llaman nacimiento; por todo lo cual habia de ser y continuar siendo buena. No es tan mala la naturaleza, que pueda resistirse á tanto ejemplo de bondad. No he olvidado, ni creo que jamas pueda olvidar, un lance en que acabó de acreditarse en mi concepto de mujer singular ó única. Pasaba por estos paises parte del ejercito que iba á Portugal. Mi amo hospedó en casa algunos señores, á quienes habia conocido en la corte. Uno de ellos se detuvo algun tiempo mas para convalecer de una enfermedad que le sobrevino. Gallarda presencia, conversacion graciosa, nombre ilustre, equi-

paje magnífico, desembarazo cortesano y edad propia á las empresas amorosas, le dieron algunas alas para tocar un dia delante de mi ama especies al parecer poco ajustadas al decoro que siempre ha reinado en esta casa. ¡Cuán discreta anduvo mi señora! El jóven se avergonzó de su misma confianza. Mi amo no pudo entender el asunto de que se trataba; y con todo esto, la oí llorar en su cuarto y quejarse del desenfreno del militar.

Contando otras cosas de este tenor de las vidas de sus amos, me detuvo el buen criado toda la noche; y por no molestar á mis huéspedes, me puse en camino al amanecer, dejando dicho que á mi vuelta á Madrid me detendria una semana en su casa.

¿Qué te parece de la vida de este hombre? ¿Es de las pocas que pueden ser apetecidas? Es la única que me parece envidiable.

CARTA LXX.

De Nuño á Gacel.—En respuesta de la anterior.

Veo la relacion que me haces de la vida del huésped que tuviste por la casualidad, tan comun en España, de romperse un coche de camino. Conozco que ha congeniado contigo aquel carácter y retiro. La enumeracion que me haces de las virtudes y prendas de aquella familia, sin duda han de tener mucha simpatía con tu buen corazon. El gustar de sus semejantes es una calidad, que dias há se ha descubierto, propia de nuestra naturaleza, pero con mas fuerza entre los buenos que entre los malos, ó por mejor decir, solo entre los buenos se halla esta simpatía, pues los malvados se miran siempre con notable recelo unos á otros, y si se tratan con aparente intimidad, sus corazones están siempre tan separados, como estrechados sus brazos y apretadas sus manos: doctrina en que me confirma tu amigo Ben-Beley. Pero, Gacel, volviendo á tu huésped y otros de su carácter, que no faltan en las provincias, y de los cuales conozco no pequeño número, ¿no te parece lastimosa para el estado la pérdida de unos hombres de talento y mérito, que se apartan de las carreras útiles á la república? ¿No crees que todo individuo está obligado á contribuir al bien de su patria con todo esmero? Apártense del bullicio los inútiles y decrépitos, que son de mas estorbo que servicio; pero tu huésped y sus semejantes están en edad de servir al bien público, y lo deben procurar y buscar las ocasiones de ello, aun á costa de toda especie de disgustos. No basta ser buenos para sí y para otros pocos; es preciso serlo ó procurar serlo para el total de la nacion. Es verdad que no hay carrera en el estado que no esté sembrada de abrojos; pero no deben espantar al hombre que camina con firmeza y valor. La milicia estriba toda en una subordinacion poco ménos rígida que la esclavitud que hubo entre los romanos; no ofrece sino trabajo de cuerpo á los bisoños, y de espíritu á los veteranos; no promete jamas premio, que pueda así llamarse, respecto de las penas con que amenaza continuamente. Heridas y pobreza son lo que queda para la vejez al soldado que no muere en el polvo de alguna batalla en el campo, ó entre las tablas de un navío de guerra. Son ademas tenidos en su misma patria por ciudadanos despegados del gremio; no falta filósofo que los llame verdugos; ¿y qué, Gacel, por eso no ha de haber soldados? ¿No han de entrar en la milicia los mayores próceres de cada pueblo? ¿No ha de mirarse esta carrera como la cuna de la nobleza?

La toga es ejercicio no ménos duro. Largos estudios, áridos y desabridos, consumen la juventud del juez; á estos suceden un continuo afan y retiro de las diversiones; y luego, hasta morir, una obligacion diaria de juzgar de vidas y haciendas ajenas, arreglándose á una oscura letra de dudoso sentido y de escrupulosa interpretacion, y adquiriéndose continuamente la malevolencia de tantos como caen bajo la vara de la justicia; ¿y no ha de haber por eso jueces? ¿No se ha de seguir una carrera que tanto se parece á la esencia divina en premiar al bueno y castigar al malo? Lo mismo puede ofrecer para espantarnos la vida de palacio, y aun mucho mas, mostrándonos la precision de vivir con un perpetuo ardid, que muchas veces no basta para mantenerse el palaciego. Mil acasos no previstos deshacen los mayores esfuerzos de la prudencia humana. Edificios de muchos años se arruinan en un instante; mas no por eso han de faltar hombres que se dediquen á aquel modo de vivir.

Las ciencias, que parecen influir dulzura y bondad, y llenar de satisfaccion á quien las cultiva, con todo eso no ofrecen sino pesares. ¡A cuánto se expone el que de ellas saca razones para dar á los hombres algun desengaño, ó enseñarles alguna verdad nueva! ¡Cuántas pesadumbres le acarrea, cuántas y cuán siniestras interpretaciones suscitan la envidia ó la ignorancia, ó ambas juntas, ó la tiranía, valiéndose de ellas! ¡Cuánto pasa el sabio que no supo lisonjear al vulgo! ¿Y por eso se han de dejar las ciencias? ¿Y por el miedo á tales peligros han de abandonar los hombres lo que tanto pule su racionalidad, y la distingue del instinto de los brutos?

El hombre que conoce la fuerza de los vínculos que lo ligan á la patria, desprecia todos los fantasmas producidos por una mal colocada filosofía, que le procura espantar; dice: Patria, voy á sacrificarte mi quietud, mis bienes y vida. Corto sería este sacrificio, si se redujera á morir; voy á exponerme á los caprichos de la fortuna, y á los de los hombres, aun mas caprichosos que ella. Voy á sufrir el desprecio, la tiranía, el odio, la envidia, la traicion, la inconstancia, y las infinitas y crueles combinaciones que nacen del conjunto de todas ellas ó de muchas.

No me dilato mas, aunque fuera muy fácil, sobre esta materia. Creo que lo dicho baste para que formes de tu huésped un concepto ménos favorable. Conocerás que aunque sea hombre bueno, será mal ciudadano, y que el ser buen ciudadano es una obligacion verdadera de las que contrae el hombre al entrar en la república, si quiere que esta lo abrace: y aun mas, si quiere que esta lo estime y que no lo mire como á extraño. El patriotismo es de los entusiasmos mas nobles que se han conocido para llevar el hombre á despreciar peligros y emprender cosas grandes; y por consiguiente para conservar los estados.

CARTA LXXI.

Del mismo, al mismo.—Continuacion de la precedente.

A estas horas habrás ya leido mi última contra el entusiasmo de la quietud particular, y aunque sea molestarte, he de continuar esta donde dejé aquella.

La conversacion propia del individuo es tan opuesta al bien comun de la sociedad, que una nacion compuesta toda de filósofos no tardaria nada en arruinarse.

Aquí estaba roto el manuscrito, con lo que se priva al público de la continuacion de un asunto tan plausible.

CARTA LXXII.

De Gacel á Ben-Beley.—Corridas de toros.

Hoy he asistido por mañana y tarde á la mayor diversion de los españoles, que te contaré cuando esté mi mente mas capaz para ello. Hablo de las que llaman corridas de toros, que, segun todo autor extranjero y segun todo hombre sensato, es diversion de gentiles, pues consiste en ver exponer la vida de los hombres, fiada solo en lo que con mayor razon merece nombre de barbaridad, que de habilidad en jugar con semejantes fieras. Desde ahora te puedo asegurar que ya no me parecen extrañas las mortandades de abuelos nuestros, que dicen sus historias, en las batallas de Clavijo, Salado, Navas y otras, si las ejecutaron hombres ajenos de todo lujo, austeros de costumbres, y acostumbrados desde niños á pagar dinero por ver derramar sangre, teniendo esto por diversion, y aun por ocupacion dignísima de los primeros nobles. Esta especie de barbaridad los hacia sin duda feroces, acostumbrándolos á divertirse con lo que suele causar desmayos, á hombres de mucho valor, la primera vez que asisten á este espectáculo.

CARTA LXXIII.

Del mismo, al mismo.—Varones insignes de la casa reinante en España.

Cada dia admira mas y mas la serie de varones grandes que se lee en la genealogía de los reyes de la casa que ocupa actualmente el trono de España. El presente empezó su reinado perdonando las deudas que habian contraido provincias enteras por los años infelices, y pagando las que tenian sus antecesores para con sus vasallos. Con haber dejado las deudas en el estado en que las halló, sin cobrar ni pagar, cualquiera lo hubiera tenido por equitativo, y todos hubieran alabado su benignidad, pues teniendo en su mano el arbitrio de ser juez y parte, pareceria suficiente moderacion la de no cobrar lo que podia; pero se condenó á sí mismo, y absolvió á los otros, dando de este modo un ejemplo de justificacion mas estimable que un código entero que hubiera publicado sobre la justicia y el modo de administrarla. Se olvidó de que era rey, y solo se acordó de que era padre.

Su hermano, y predecesor en su reinado, Fernando, en lo pacífico confirmó á la nacion en que era el nombre que tenia siempre buen agüero para España.

Su mayor hermano Luis duró poco, pero lo bastante para que se llorase mucho su muerte.

Su padre Felipe fué héroe, y fué rey, sin que sepa la posteridad en qué clase de estas dos colocarlo, sin agraviar á la otra. Vivo retrato de su progenitor Enrique IV, tuvo al principio de su reinado una mano levantada para vencer, y otra para aliviar á los vencidos. Su pueblo se dividió en dos, y él tambien dividió en dos su corazon, para premiar á unos y perdonar á otros. Los pueblos que lo siguieron fieles, hallaron un padre que los halagaba, y los que se apartaron de él, hallaron un maestro que los corregia. Tenian que admirarle los que no lo amaban; y si los leales lo hallaban bueno, los otros lo hallaban grande. Como la naturaleza humana es tal, que no puede tardar en querer al mismo á quien admira, murió reinando sobre todas las provincias. Solo le faltó lograr una paz estable en que poder gozar el fruto de sus fatigas.

Sus ascendientes reinaron en Francia. Léanse sus historias con reflexion, y se verá qué era aquella monarquía ántes de Enrique IV, y qué papel tan diferente ha hecho desde que la mandan los descendientes de aquel gran príncipe.

CARTA LXXIV.

Del mismo, al mismo.—Medios para restablecer á España.

Ayer me hallé en una concurrencia en que se hablaba de España, su estado, su religion, su gobierno, de lo que es, de lo que ha sido, etc. Admiróme la elocuencia, la eficacia y el amor con que se hablaba, tanto mas cuanto noté que, excepto Nuño, que era el que ménos se explicaba, ninguno de los concurrentes era español. Unos daban al público los hermosos efectos de sus especulaciones, para que esta monarquía tuviese cien navíos de línea en poco mas de seis meses; otros, para que la poblacion de sus provincias se duplicase en ménos de quince años; otros, para que el oro y plata de América se quedase todo en la Península; otros, para que las fábricas de España desbancasen todas las de Europa; y así de lo demas.

Muchos apoyaban sus discursos con paridades sacadas de lo que sucede en otros paises. Algunos pretendian que no les movia mas objeto que hacer bien á esta nacion, contemplándola con dolor atrasada en mas de siglo y medio respecto de las otras; otros, en fin, por varios otros motivos.

Harto se hizo en tiempo de Felipe V, no obstante sus largas y sangrientas guerras, dijo uno. Tal quedó en la muerte de Cárlos II, dijo otro. Fué muy desidioso, añadió otro, Felipe IV, y muy desgraciado su ministro el Duque de Olivares.

¡Ay caballeros! dijo Nuño; aunque todos vuestras Mercedes tengan la mejor intencion cuando hablan de remediar los atrasos de España; aunque todos tengan el mayor interes en trabajar á restablecerla; por mas que la miren con el amor de patria, digámoslo así, adoptiva, es imposible que acierten. Para curar á un enfermo no bastan las noticias generales de la facultad ni el buen deseo del profesor. Es preciso que este tenga un conocimiento particular del temperamento del paciente, del orígen de la enfermedad, de sus incrementos y de sus complicaciones, si las hay. Querer curar toda especie de enfermos y de enfermedades con un mismo medicamento, no es medicina, sino lo que llaman charlatanería, no solo ridícula en quien la profesa, sino dañosa para quien la usa.

En lugar de todas esas especulaciones y proyectos, me parece mucho mas sencillo otro sistema nacido del conocimiento que vuestras Mercedes no tienen, y se reduce á esto poco. La monarquía española nunca fué mas feliz por dentro ni tan respetada por fuera, como en la época de la muerte de Fernando el Católico. Véase pues qué máximas, entre las que formaron juntas aquella excelente política, han decaido de su antiguo vigor: vuélvaseles á dar este, y tendrémos la Monarquía en el mismo pié en que la halló la casa de Austria. Cortas variaciones respecto al sistema actual de Europa, bastan, en vez de todas esas que vuestras Mercedes han amontonado.

¿Quién fué Fernando el Católico? preguntó uno de

los que habian perorado. ¿Quién fué ese? preguntó otro. ¿Quién, quién? preguntaron todos los demas.

¡Ay necio de mí! exclamó Nuño, perdiendo algo de su natural quietud; ¡necio de mi! que he gastado tiempo en hablar de España con gentes que no saben quién fué Fernando el Católico. Vámonos, Gacel.

CARTA LXXV.

Del mismo, al mismo.—Matrimonios violentos.

Al entrar anoche en mi posada me hallé con una carta, de que te remito copia. Es de una cristiana á quien apénas conozco. Te parecerá muy extraño su contenido, que dice así:

Acabo de cumplir veinte y cuatro años, y de enterrar mi último esposo de seis que he tenido en otros tantos matrimonios en el espacio de poquísimos años. El primero fué un mozo de poca mas edad que la mia, bella presencia, buen mayorazgo, gran nacimiento, pero ninguna salud. Habia vivido tanto en sus pocos años, que cuando llegó á mis brazos ya era cadáver. Aun estaban por estrenar muchas galas de mi boda, cuando tuve que ponerme luto. El segundo fué un viejo que habia observado siempre el mas rígido celibatismo; pero heredando por muertes y pleitos unos bienes copiosos y honoríficos, su abogado le aconsejó que se casase; su médico hubiera sido de otro dictámen. Murió de allí á poco, llamándome hija suya; y juro que como á tal me habia tratado desde el primer dia hasta el último. El tercero fué un capitan de granaderos, mas hombre, al parecer, que todos los de su compañía. La boda se hizo por poderes desde Barcelona; pero picándose con un compañero suyo en la luneta de la ópera, se fuéron á tomar el aire juntos á la esplanada, y volvió solo el compañero, quedando mi marido por allá. El cuarto fué un hombre ilustre y rico, robusto y jóven; pero tan jugador de corazon, que ni aun la noche de la boda durmió conmigo, porque la pasó en una partida de banca. Dióme esta primera noche tan mala idea de las otras, que lo miré siempre como huésped en mi casa, más que como precisa mitad mia en el nuevo estado. Pagóme en la misma moneda, y murió de allí á poco, de resultas de haberle tirado un amigo suyo un candelero á la cabeza sobre no sé qué equivocacion de poner á la derecha una carta que habia de estar á la izquierda. No obstante todo esto, fué el marido que mas me ha divertido, á lo ménos por su conversacion, que era chistosa y siempre en estilo de juego. Me acuerdo que estando un dia comiendo con bastantes gentes en casa de una dama algo corta de vista, le pidió de un plato que tenia cerca, y él le dijo: Señora, á la talla anterior pudo cualquiera haber apuntado, que habia bastante fondo; pero aquel caballero que come y calla, acaba de hacer á este plato una doble paz de pároli, con tanto acierto, que nos ha desbancado. Es un apunte terrible á este juego.

El quinto que me llamó suya, era de tan corto entendimiento, que nunca me habló sino de una prima que tenia y á quien queria mucho. La prima se murió de viruelas á pocos dias de mi casamiento, y el primo se fué tras ella. Mi sexto y último marido fué un sabio. Estos hombres no suelen ser buenos muebles para maridos. Quiso mi mala suerte que en la noche de mi casamiento se apareciese un cometa ó especie de cometa. Si algun fenómeno de estos ha sido cosa de mal agüero, ninguno lo fué tanto como este. Mi esposo calculó que el dormir con su mujer sería cosa periódica de cada veinte y cuatro horas; pero que si el cometa volvia, tardaria tanto en dar la vuelta, que él no lo podria observar; y así dejó aquello por esto, y se salió al campo á hacer sus observaciones. La noche era fria, y lo bastante para darle un dolor de costado, del que murió.

Todo esto se hubiera remediado si yo me hubiera casado una vez á mi gusto, en lugar de sujetarlo seis veces al de un padre que cree la voluntad de una hija cosa que no debe entrar en cuenta para el casamiento. La persona que me pretendia es un mozo que me parece muy igual á mí en todas calidades, y que ha redoblado las instancias cada vez que yo he enviudado; pero en obsequio de sus padres tuvo que casarse tambien contra su gusto el mismo dia que yo contraje matrimonio con mi astrónomo.

Estimaré al Sr. Gacel me diga qué uso ó costumbre se sigue en su tierra en esto de casarse las hijas de familia; porque, aunque he oido muchas cosas que espantan de lo poco favorables que nos son las leyes mahometanas, no hallo distincion alguna entre ser esclava de un marido ó de un padre, y mas cuando de ser esclava de un padre resulta tener marido como en el caso presente.

CARTA LXXVI.

Del mismo, al mismo.—Coquetería.

Son infinitos los caprichos de la moda. Uno de los actuales es escribirme cartas algunas mujeres que no me conocen sino de nombre, ó por oirme, ó por hablarme, ó por ambas cosas. Desde que se divulgó la esquela que me escribió la primera, y yo te remití, se han puesto muchas en este pié. Te remitiré igualmente las que me parezcan dignas de pasar el mar para divertir á un sabio africano, con extravagancias europeas; y sin perder correo allá va esa copia. Depon por un rato, mi venerable Ben-Beley, el serio respeto de tu edad y carácter. Te he oido mil veces que algun rato empleado en pasatiempo, suele dejar el espíritu mas descansado para dedicarse á sublimes especulaciones. Me acuerdo haberte visto cuidar de un pájaro en la jaula y de una flor en el jardin: nunca me pareciste mas sabio. El hombre grande nunca es mayor que cuando se baja á nivel de los demas hombres, sin que eso le quite el remontarse despues adonde lo encumbre el rayo de la suprema esencia que nos anima. Dice pues así la carta:

Sr. Moro: Las francesas tienen cierto pasatiempo, que llaman *coquetería*, y es engaño que hace la mujer á cuantos hombres se le presentan. La coqueta lo pasa muy bien, porque tiene á su disposicion todos los jóvenes de algun mérito, y se lisonjea mucho el ídolo del amor propio con tanto incienso. Pero como los franceses toman y dejan con bastante lijereza algunas cosas, y entre ellas las del amor, las consecuencias de mil coqueterías en perjuicio de un mozo se reducen á que el tal lo reflexiona un minuto, y se va con su incensario á otro altar. Los españoles son mas formales en esto de enamorarse; y como ya todo aquel antiguo aparato de galanteo, obstáculos que vencer, dificultades que prevenir, criados que cohechar; como todo esto, digo, se ha desvanecido, empiezan á padecer desde el instante que se enamoran de una coqueta, y suele parar la cosa en que el amante, luego que conoce la burla que le han hecho, se muere, se vuelve loco, y á mejor librar, piensa en ausentarse desesperado. Yo soy una de las mas famosas en esta secta, y no puedo ménos de acordarme con satisfaccion propia de las víctimas que se han sacrificado en mi templo y por mi culto. Si en Marruecos nos dan algun dia semejante despotismo (que será en el mismo instante que se anulen las austeras leyes de los serrallos), y si las señoras marruecas quisiesen admitir unas cuantas españolas para catedráticas de esta nueva ciencia, hasta ahora desconocida en Africa, prometo que entre mis lecciones y las de una media docena de amigas mias, saldrá en breve tiempo suficiente numero de discípulas para que paguen los musulmanes á pocas semanas todas las tiranías que han ejercido sobre nosotras, desde el mismo Mahoma hasta el dia de la fecha, pues aumentando el dominio de mi sexo sobre el masculino en proporcion del calor del clima (como se ha experimentado en la corta distancia del paso de los Pirineos), deben esperar las coquetas marruecas un despotismo que apénas cabe en la imaginacion humana, sobre todo en las provincias meridionales de aquel imperio.

CARTA LXXVII.

Del mismo, al mismo.—Efectos del mal gusto pasado en las ciencias.

Los trámites del nacimiento, aumento, decadencia, pérdida y resurreccion de las ciencias y artes dejan tal serie de efectos, que se ven en cada período de estos los influjos del anterior. Pero cuando se hacen mas notables es cuando, despues de la era del mal gusto, al tocar ya en la del bueno, se conocen claramente los malos efectos de aquel, haciendo la debida contraposicion; y si esto se advierte con lástima en las ciencias positivas y artes serias, se echa de ver con risa en las facultades de poco adorno, como elocuencia y poesía.

Ambas decayeron en España á la mitad del siglo pasado, como lo restante de la Monarquía. Intentan volver ambas á levantarse en el actual; pero, no obstante el fomento dado á las ciencias, á pesar de la resurreccion de los autores buenos españoles del siglo XVI, sin embargo de las traducciones de los extranjeros modernos, aun despues del establecimiento de las academias, y en medio de la mofa con que algunos españoles han ridiculizado la hinchazon y todos los vicios del mal lenguaje, se ven de cuando en cuando algunos efectos de la mala retórica y poesía de la ultima mitad del siglo pasado. Algunos ingenios mueren todavía, digámoslo así, de la misma peste de que pocos escaparon entónces. Varios oradores y poetas de estos dias parece que no son sino sombras ó almas de los que murieron cien años há, y que han vuelto al mundo para continuar los discursos que dejaron pendientes cuando espiraron, ó para espantar á los vivos.

Nuño me decia esto mismo anoche, y añadió: Esta es suma verdad y patente; pero con particularidad en los títulos de libros, papeles y comedias. Aquí tengo una lista de títulos extraordinarios de obras que han salido al público con toda solemnidad de veinte años á esta parte, haciendo poco honor á nuestra literatura, aunque su contenido no deje de tener muchas cosas buenas, de lo que prescindo.

Sacó su cartera, aquella cartera de que te he hablado tantas veces, y despues de papelear, me dijo: Toma y lee. Tomé y leí, y decia de este modo: Lista de algunos títulos de libros, papeles y comedias que me han dado golpe, publicados desde el año de 1757, cuando ya era creible que se hubiera acabado toda hinchazon y pedantería.

1.° *Los celos hacen estrellas, y el amor hace prodigios.* Decia al márgen, de letra de Nuño: No entiendo la primera parte de este título.

2.° *Medúla eutropólica, que enseña á jugar á las damas con espada y broquel; corregida y aumentada.* La nota marginal decia: Estábamos todos en que el juego de las damas, así como el del ajedrez, era diversion de mucha cachaza, excelente para una aldea tranquila, propia de un capitan de caballería que está dando verde á su compañía, con el boticario ó fiel de fechos del lugar, mientras dan las doce para ir á comer el puchero; pero el autor medular eutropólico nos da una idea tan honrosa de este pasatiempo, que me alegro mucho de no ser aficionado á este juego; porque esto de ir un hombre armado con espada y broquel cuando creia que solo se trataba de un poco de diversion mansueta, sosegada y flemática, es chasco temible.

3.° *Arte de bien hablar, freno de lenguas, modelo de hacer personas, entretenimiento útil y camino para vivir en paz.* Al márgen se leian estos renglones: Este es mucho título, y lo de hacer personas es mucha obra.

4.° *Nueva mágica experimental y permitida. Ramillete de excelentes flores, así aritméticas como físicas, astronómicas, astrológicas, graciosos juegos, repartidos en un manual calendario para el presente año de 1761.* Sin duda enfadó mucho este título á mi amigo Nuño, pues al márgen habia puesto de malísima letra, como temblándole el pulso de pura cólera: Si se lee este título dos veces seguidas á cualquiera estatua de bronce, y no se hace pedazos de risa ó de rabia, digo que hay bronces mas duros que los mismos bronces.

5.° *Zumba de pronósticos, y pronóstico de zumba.* Zumbando me quedan los oídos con el retruécano, decia la nota del márgen.

6.° *Manojito de diversas flores, cuya fragrancia descifra los misterios de la misa y oficio divino; da esfuerzo á los moribundos y ahuyenta las tempestades.*

7.° *Eternidad de diversas eternidades.*

8.° *Arco iris de paz, cuya cuerda es la contemplacion y meditacion para rezar el santísimo rosario de nuestra Señora. Su aljaba ocupan ciento sesenta consideraciones que tira el amor divino á todas sus almas.*

9.° *Sacratísimo antídoto el nombre inefable de Dios contra el abuso de agur.* Al márgen de este título y de los antecedentes, habia: Siento mucho que para hablar de los asuntos sagrados de una religion verdaderamente divina, y por consiguiente digna de que se trate con la mas profunda circunspeccion, se usen expresiones tan extravagantes y metáforas tan ridículas. Si semejantes locuciones fueran sobre materias ménos respetables, se pudiera hacer buena mofa de ellas.

10. *Historia de lo futuro. Prolegómeno á toda la historia de lo futuro, en que se declara el fin, y se prueban los fundamentos de ella, traducida del portugues.* La nota decia: Alabo la diligencia del traductor. Como si no tuviéramos bastante copia de hinchazon, pedantería y delirio, sembrada, cultivada, cogida y almacenada de nuestra propia cosecha, el buen hombre quiere

introducirnos los productos de la misma especie de los extranjeros, por si nos viene algun mal año de este fruto.

11. *Antorcha para solteros, de chispas para casados.* Al márgen habia puesto mi amigo: Este título es mas que ninguno. No hay en España quien lo entienda como no lea la obra; y no es obra que convide á los lectores por el título.

12. *Ingeniosa y literal competencia entre Musa, rey de los nombres, y Amo, rey de los verbos, á la que dió fin una campal y sangrienta batalla que se dieron los vasallos de uno y otro monarca, compuesta en forma de coloquio.* La nota marginal decia: Por honor de mi patria sentiré muy mucho que pase los Pirineos este título. Si todos estos títulos fueran de obras satíricas ó jocosas, pudieran tolerarse, pero no cuando son de serias, y mucho ménos de sagradas. Es harto sensible que aun permanezca en España este abuso, cuando ya se ha desterrado de lo restante del mundo, y mas cuando en España misma se ha hecho por varios autores tan repetidas y graciosas críticas de ello; y es mas de extrañar aquí que en alguna otra parte de Europa, respecto de que el genio español es difícil de transportarse en materias de entendimiento.

CARTA LXXVIII.

Del mismo, al mismo.—Carácter de un sabio escolástico.

¿Sabes tú lo que es un verdadero sabio escolástico? Pues mira, hazte cuenta que vas á oirlo hablar. Figúrate ántes que ves un hombre muy seco, alto, muy lleno de tabaco, muy cargado de anteojos. Esta es la pintura que Nuño me hizo y que yo verifiqué ser muy conforme al original.

Para nada se necesitan, te dirá, dos años, ni uno siquiera, de retórica. Con saber unas cuantas docenas de voces largas, de catorce ó quince sílabas cada una, y repartirlas con estrépito, se compone una oracion de cualquier especie que sea.

La poesía es un pasatiempo frívolo. ¿Quién no sabe hacer una décima á una dama, á un médico, etc.? Si le dices que esto no es poesía, que la poesía es una cosa inexplicable, y que solo se aprende y se conoce leyendo los poetas griegos y latinos y tal cual moderno; que la religion misma usa de la poesía en las alabanzas del Criador; que la buena poesía es la piedra del toque de una nacion ó siglo; que despreciando las expresiones ridículas de equivoquistas, las poesías heróicas y satíricas son las obras tal vez mas útiles á la republica literaria, pues sirven para perpetuar la memoria de los héroes y corregir las costumbres de nuestros contemporáneos, no hace caso de tí.

La física moderna es un juego de títeres. Ha visto esas que llaman máquinas de física experimental, agua que sube, fuego que baja, hilos y alambres, puro juguete para niños. Si le instas sobre las inmensas ventajas que resultan del conocimiento de la electricidad, de las leyes del movimiento, así de los cuerpos sólidos como de los fluidos, de las propiedades de la luz y de tantas otras maravillas de la naturaleza, te llamará hereje.

Pobre de tí si le hablas de matemáticas. Embuste y pasatiempo, dirá él muy grave. Aquí tuvimos á D. Diego de Torres, repetirá con mucha solemnidad, y nunca estimámos su facultad, aun sí mucho su persona, por las sales y conceptos de sus obras. Si le dices: Yo no sé nada de D. Diego de Torres, sobre si fué ó no gran matemático; pero sé que las matemáticas son y han sido siempre tenidas por un conjunto de conocimientos que fundan la única ciencia que así pueda llamarse entre los hombres. Decir si ha de llover por marzo, si hará frio por diciembre, si han de morir algunas personas en este año y han de nacer otras en el que viene; decir que tal planeta tiene tal influjo, es sin duda un despreciable delirio, que vuestras Mercedes han llamado matemáticas; y si creen que las matemáticas no son otra cosa diversa, no lo digan donde lo oigan gentes. La física, la navegacion, la construccion de navíos, la fortificacion de plazas, la arquitectura civil, el acampamento de los ejércitos, la fundicion, manejo y sucesos de la artillería, la formacion de caminos, el adelantamiento de todas las artes mecánicas, y otras partes mas sublimes, son ramos de esta facultad, y vean vuestras Mercedes si estos ramos son utiles en la vida humana.

La medicina que basta, dirá él mismo, es lo extractado de Galeno ó de Hipócrates; aforismos racionales, ayudados de buenos silogismos, bastan para constituir un médico. Si le dices que sin despreciar el mérito de aquellos dos grandes hombres, los modernos han adelantado en esta facultad por el mayor conocimiento de la anatomía y botánica, que no tuvieron los antiguos, á mas de muchos medicamentos, como la quina y mercurio, que no se usaron hasta ahora poco, tambien hará burla de tí.

Así de las demas facultades. ¿Pues cómo hemos de vivir con estas gentes? Muy fácilmente, responde Nuño. Dejémoslos gritar continuamente sobre la famosa cuestion que propone un satíricomoderno: *Utrum chimera, bombilians in vacuo, posit comedere secundas intentiones.* Trabajemos nosotros en las ciencias positivas, para que no nos llamen bárbaros los extranjeros. Haga nuestra juventud los progresos que pueda. Procure dar obras al público sobre materias útiles. Deje morir á los viejos como han vivido, y cuando los que ahora son mozos lleguen á edad madura, podrán enseñar públicamente lo que ahora estudian ocultamente. Dentro de dos años se ha de haber mudado el sistema científico de España, insensiblemente y sin estrépito. Entónces verán las academias extranjeras si tienen razon para tratarnos con desprecio. Si nuestros sabios tardan en igualarse con los suyos, tendrán la excusa de decirles: Señores, cuando éramos jóvenes, tuvimos unos maestros que nos decian: Hijos mios, vamos á enseñaros todo cuanto hay que saber en el mundo. Cuidado no tomeis otras lecciones, porque de ellas no aprenderéis sino cosas frívolas, inútiles y aun dañosas. Nosotros no teniamos gana de gastar el tiempo sino en lo que nos pudiera dar conocimientos útiles y seguros, con que nos aplicámos á lo que oíamos. Poco á poco fuímos oyendo otras voces y leyendo otros libros, que si nos espantaron al principio, despues nos gustaron. Los empezámos á leer con aplicacion, y como vimos que en ellos se contenian mil verdades en nada opuestas á la religion ni á la patria, pero sí á la preocupacion y desidia, fuimos dando varios usos á unos y á otros cartapacios y libros escolásticos, hasta que no quedó uno. De esto ya ha pasado algun tiempo, y en él nos hemos igualado á vuestras Mercedes, aunque nos llevan siglo y cerca de medio de delantera. Cuéntese pues por nada lo pasado, y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo que la Península se hundió á mediados del siglo XVII, y ha vuelto á salir de la mar á últimos del XVIII.

CARTA LXXIX.

Del mismo, al mismo.—Quejas mútuas de viejos y mozos.

Dicen los jóvenes: Esta pesadez de los viejos es insufrible. Dicen los viejos: Este desenfreno de los jóvenes es inaguantable. Unos y otros tienen razon, dice Nuño. La demasiada prudencia de los ancianos hace imposibles las cosas mas fáciles, y el sobrado ardor de los jóvenes finge fáciles las cosas imposibles. En este caso no debe interesarse el prudente, añade Nuño, ni por uno ni por otro lado, sino dejar á los unos con su cólera y á los otros con su flema. Tomar el medio justo y burlarse de ambos extremos.

CARTA LXXX.

Del mismo, al mismo.—Abuso del *Don.*

Pocos dias há presencié una exquisita chanza que dieron á Nuño varios amigos suyos extranjeros, pero no de aquellos que para desdoro de sus propias patrias andan vagando el mundo, llenos de los vicios de todos los paises que han corrido por Europa, y traen á este rincon de ella el conjunto de todo lo malo que hay en esta parte del mundo; sino de aquellos que procuran estimar é imitar lo bueno de todas partes, y que por tanto deben ser admitidos muy bien en cualquiera de ellas. De estos trata Nuño algunos de los que residen en Madrid, y los quiere como á paisanos suyos, pues tales le parecen todos los hombres de bien del mundo, siendo para con ellos un verdadero cosmopolita, ó sea ciudadano universal. Zumbábanle pues sobre la facilidad con que los españoles, de cualquier condicion y clase, toman el tratamiento de *Don.* Como el asunto es digno de crítica y los concurrentes eran personas de talento y buen humor, se les ofrecian una infinidad de ideas y de expresiones á cual mas chistosas, sin el empeño enfático de las disputas de escuela, sino con el donaire de las conversaciones de corte.

Un caballero flamenco, que se halla en Madrid siguiendo no sé qué pleito dimanado de cierta conexion de su familia con otra de este pais, tronco de aquella, le decia lo absurdo que le parecia este abuso, y lo amplificaba, añadia y repetia: Don es el amo de una casa; Don, cada uno de sus hijos; Don, el dómine que enseña gramática al mayor; Don, el que enseña á leer al chico; Don, el mayordomo; Don, el ayuda de cámara; Doña, la ama de llaves; Doña, la lavandera. Amigos, vamos claros; son mas los Dones de cualquiera casa, que los del Espíritu Santo.

Un oficial reformado, frances, ayudante de campo del marques de Lede, hombre sumamente amable, que ha llegado á formar un excelente medio entre la gravedad española y la lijereza francesa, tomó la mano y dijo mil cosas graciosísimas sobre el mismo asunto.

A este siguió un italiano de familia muy ilustre, que habia venido viajando por su gusto, y se detenia en España, aficionado de la lengua castellana, haciendo una coleccion de los autores españoles, y criticando con tanto rigor á los malos, como aplaudiendo con desinteres á los buenos.

A todo callaba Nuño, y su silencio aun me daba mas curiosidad que la crítica de los otros. El no les interrumpió miéntras tuvieron qué decir y aun repetir lo dicho, y ni siquiera se mudaba de semblante. Al contrario, parecia aprobar con su dictámen el de sus amigos, con la cabeza, que movia de arriba á abajo, con las cejas, que arqueaba, con los hombros, que encogia. A mi parecer, significaba que no tenia qué replicar en contra, hasta que cansados ya de hablar todos los concurrentes, les dijo poco mas ó ménos así:

No hay duda que es extravagante el número de los que se usurpan el tratamiento de Don; abuso general en estos años, introducido en el siglo pasado y prohibido expresamente en los anteriores. Don significa señor, como que es derivado de la voz latina *Dominus.* Sin pasar á los godos y sin fijar la vista en mas objeto que en los posteriores á la invasion de los moros, sabemos que solamente los soberanos, y aun no todos, ponian Don ántes de su nombre. Los duques y grandes señores lo tomaron despues con condescendencia de los reyes; luego quedó en todos aquellos en quienes parecia bien, á saber, en todo señor de vasallos. Siguióse esta práctica con tanto rigor, que un hijo segundo del mayor señor, no siéndolo él mismo, no se ponia tal distintivo. Ni los empleos honoríficos de la Iglesia, toga y ejército daban semejante adorno, aun cuando recaian en personas de las mas ilustres cunas. Se firmaban con todos sus títulos, por grandes que fuesen, se les escribia con todos sus apellidos, aunque fuesen los primeros de la monarquías como Córdobas, Guzmanes, sin poner el Don; pero no se olvidaba el darlo al caballero particular mas pobre, como tuviese efectivamente algun señorío, por pequeño que fuese. ¡En cuántos monumentos, y no muy antiguos, leemos inscripciones de este ó semejante tenor: Aquí yace Juan Fernandez de Córdoba, Pimentel, Hurtado de Mendoza y Pacheco, comendador de Mayorga en la órden de Alcántara, maestre de campo del tercio viejo de Salamanca, etc., etc. Pero ninguno ponia Don, aunque le sobrasen tantos títulos sobre que recaer. Despues pareció conveniente tolerar que las personas condecoradas con empleos de consideracion en el Estado se llamasen así; y esto, que pareció justo, demostró cuánto lo era mas el rigor antiguo, pues en pocos años ya se propagó la Donemanía (perdonen vuestras Mercedes la voz nueva): de modo que en nuestro siglo, todo el que no lleva librea se llama D. Fulano; cosa que no consiguieron *in illo tempore* ni Hernan Cortés, ni Sancho Dávila, ni Antonio de Leiva, ni Francisco Sanchez, ni los otros varones insignes en armas y letras.

Mas es, que la multiplicidad del Don lo ha hecho despreciable entre la gente de primorosa educacion. Llamar á uno D. Juan, D. Pedro, es tratarlo de criado; es preciso decir Señor Don, que es dos veces Don. Si el Señor Don llega á multiplicarse en el siglo que viene como el Don en este nuestro, ya no bastará el Señor Don para llamar á un hombre de forma sin agraviarle, y será preciso decir Don Señor Don; y teniéndose igual inconveniente en lo futuro, irá creciendo el número de Dones y Señores en el de los siglos, de modo que dentro de algunos se pondrán las gentes en el pié de no llamarse las unas á las otras, por el tiempo que se ha de perder miserablemente en repetir el Señor Don tantas y tan inútiles veces.

Las gentes de corte, que sin duda son las que ménos